

Si nuestros padres sobrepujaron, en el momento de la Revolución, peligros que habrían podido hacer pensar en el fin de Francia, fué gracias a la dirección de aquel grupo selecto de sabios enérgicos e impregnados del espíritu de los antiguos y de sus concepciones republicanas. En el saco de muchos soldados de la República o de la Grande Armada, se encontraban Horacio, Virgilio, Cicerón y muchos otros.

En el momento de un combate de noche en Huningue, el cañón de alarma encontró a los oficiales del estado mayor del general francés agrupados en la tienda oyendo leer la Eneída. ¿No es muy sugestivo este hecho, contado con sencillez encantadora por el general Foy?

Todos los grandes escritores, particularmente los del siglo XVIII, todos los grandes oradores de la Revolución y de las épocas que la han seguido ¿no estaban profundamente empapados de cultura clásica?

Pero el punto sobre el cual quiero insistir es el de la necesidad de una cultura superior para poder entrar útilmente en el estudio de las ciencias. He aquí como se expresa al respecto mi eminente amigo ALFREDO PICARD:

«Las literaturas griega y latina han sido y seguirán siendo siempre las fuentes vivas del genio francés.

»Cerca de nosotros, otros pueblos, fuertes por su natalidad, por su vigor en la conquista de la riqueza, por sus aptitudes industriales y comerciales, progresan rápidamente en la vía de la grandeza material. Francia guarda, al menos, la supremacía en el dominio de las letras, de las artes y—me atrevo a decirlo—de las ciencias también. Y esto lo debe a su fidelidad a las lecciones de Atenas y Roma.

»Mi íntima convicción es, por otra parte, que las humanidades clásicas constituyen el mejor prefacio de los estudios científicos. Ellas preparan maravillosamente a sus adeptos, desarrollando la agilidad del pensamiento, la claridad del estilo y la fecundidad de la imaginación».

Y ayer no más, los sabios más grandes, aquellos ante cuya autoridad todos nos inclinamos, los PASTEUR y los CLAUDIO BERNARD, veían en los estudios clásicos la fuente de las ideas generales, y reconocían, según la expresión de BERTHELOT, que «la alta educación del espíritu, debida a la cultura clásica, era necesaria para la prosecución de sus trabajos».

Pero, he aquí una apreciación más sugestiva aún. El gran LIEBIG, que a la edad de 25 años creó la enseñanza científica metódico-experimental, escribía lo siguiente, hace unos 61 años, en la época en que, bajo su impulso, fueron instituidas en Prusia las primeras escuelas realistas, las Realschule, cuya enseñanza corresponde a la que reciben nuestros alumnos en las escuelas primarias superiores: «A partir del día en que la educación alemana va a ser transformada, a partir del día en que a los jóvenes, en vez de hacerles perder varios años en estudios estériles, se les pondrá en contacto con la realidad y se les iniciará en las cosas de la naturaleza, que tienen que ver más con la verdad que con la fantasía, se hará una revolución en la inteligencia alemana y ésta conquistará el primer rango en Europa». Pero como no se puede ser verdadero sabio sin ser a la vez hombre de buena fe, véase lo que Liebig, instruido por la experiencia, escribía cuatro años antes de su muerte: «He dicho que únicamente la educación por las cosas naturales convenía a los jóvenes que deben dedicarse a la ciencia. La experiencia me ha enseñado esto: los alumnos que vienen de las escuelas realistas a mi laboratorio son, el primer año, superiores a los alumnos de los gimnasios clásicos; el segundo año, les son iguales; el tercero, les son inferiores».

En lo concerniente a la medicina, en todas partes, particularmente en Inglaterra y en Alemania, se está de acuerdo para exigir una preparación fuertemente clásica.

¿Qué reclama incesantemente el *Medical Council* de Londres? Que haya